

## Capitales de provincia españolas y espacios conmemorativos durante el franquismo\*

Capitals of the Spanish province and commemorative spaces during the Franco era

Ramón Vicente Díaz del Campo\*\*

Recibido: 10 de mayo de 2018

Aceptado: 22 de junio de 2018

---

### RESUMEN

Este artículo reflexiona sobre la creación de escultura monumental en capitales de provincia españolas durante las décadas de 1950 y 1960 y el papel que desempeñan sobre las dimensiones de la memoria colectiva de esas ciudades.

La primera parte del artículo se centra en analizar las relaciones entre arte, memoria histórica e identidad nacional, incidiendo en el contexto español. En la segunda parte se analizan algunos de estos espacios que están cargados de simbolismos políticos de gran significación para la dictadura de Franco, aunque estas esculturas monumentales experimentaron diversas vicisitudes y casos singulares. En estos casos las diferentes identidades históricas se entendieron como un repertorio permanente del que siempre es posible extraer personajes con objeto de dar forma a diferentes narrativas.

**Palabras clave:** lugar de memoria, identidades, políticas de memoria, monumentos, Dictadura de Franco.

### ABSTRACT

*This article reflects on the creation of monumental sculpture in Spanish provincial capitals during the 1950s and 1960s and the role they play on the dimensions of the collective memory of those cities.*

*In the first part of this article studies the relationship between art, historical memory and national identity, with special interest regarding the Spanish context. This space endowed with political symbolisms of great significance to Franco's dictatorship, although the monumental sculptures experienced many upheavals and singular cases. Historical identities used to be understood as a permanent background, where it is always possible to find prominent figures in order to give form to the different narratives.*

**Keywords:** *place of memory, identities, policies of memory, monuments, Franco's Dictatorship.*

---

\* **Antecedentes del documento.** Este texto es parte de diversos artículos, capítulos de libro y actas de congresos escritos por el autor sobre temas relacionados con el arte y la arquitectura española durante el siglo XX.

\*\* **Ramón Vicente Díaz del Campo Martín Mantero.** Licenciatura en la Facultad de Letras de la Universidad de Castilla-La Mancha. Doctor en Historia del Arte por la Universidad de Castilla-La Mancha.



*Vista de Toledo, con el Alcázar al fondo. Foto E. Martuccelli. 2007*

## 1. El interés por los espacios de la memoria

Desde finales del siglo XX se han venido desarrollando una buena cantidad de investigaciones y debates relacionados con la memoria. A partir de la década de 1990, este concepto ha suscitado el interés de varias disciplinas científicas en sus diversos usos y formas. Algunos autores han llegado a acuñar el término “memory studies” para definir un ámbito multidisciplinar que analiza “las formas y funciones de representar el pasado” (Roediger y Wertsch, 1998, p. 9). Estos estudios han dado lugar a diversas interpretaciones de la palabra memoria y distintas aplicaciones de la misma: colectiva, cultural, histórica, individual, autobiográfica, política, institucional, etc. (Aguilar, 1996) Todos estos planteamientos se han interesado sobre el estrecho vínculo que existe entre memoria y su representación espacial (García Álvarez, 2009, p. 179).

En España, durante los últimos veinte años, diversos trabajos se han dedicado al estudio de la ciudad como medio de expresión de identidades colectivas y, dentro de esta amplia temática, de aquellos procesos que buscaban crear una identidad nacional, que tuvieron lugar, sobre todo, a partir del siglo XIX. En la historiografía española la mayoría de los estudios aparecieron a finales de la década de 1980 siguiendo el estímulo de los trabajos de Pierre Nora en Francia (Nora, 1984-1992), analizando sobre todo temas relacionados con la Guerra Civil y la dictadura de Francisco Franco.

## 2. La relectura del pasado y la generación de identidades

A lo largo de los dos últimos siglos, la mayoría de las ciudades españolas se fueron poblando de esculturas, monumentos y placas conmemorativas. Buena parte de estos íconos recreaban personajes del pasado y tenían como objetivo visibilizar una serie de narrativas para establecer una identidad comunitaria a través del espacio urbano. En estas acciones hay toda una intencionalidad que tiene su origen en diversas estructuras político-administrativas que utilizan estos elementos como forma de ejercer y representar su marco de influencia. En la mayoría

de las ocasiones se conseguía con la sencilla acción de ubicar esculturas en espacios como plazas y calles, generando agregaciones espaciales y espacios referenciales para los habitantes del lugar (Favole, 1995, p. 20). Oriol Bohigas planteó que estas acciones de “monumentalizar un espacio”, y para precisar lo incide en la etimología latina de la palabra monumento (*monere*: recordar), tienen como objetivo la necesidad de que los monumentos sean elementos que visualicen la identidad colectiva como parte de la memoria en los que se apoye la conciencia urbana de la ciudad (Bohigas, 2014). El desarrollo de estos pensamientos en el espacio no es neutro, son incentivados y ejecutados por parte de unas élites económicas, políticas y/o culturales. Tampoco son nuevos, tienen sus raíces en toda una tradición de generar una percepción colectiva a través de la escultura pública que se desarrolló en el siglo XIX, como ha estudiado de manera minuciosa Carlos Reyero (Reyero, 1996). Se trata de una serie de políticas de memoria que se han ido implantando a lo largo del espacio público occidental durante más de dos siglos, y que generó también oposiciones como podemos ver en las palabras de Walter Benjamin:

Es fácil que quede inadvertida una de las causas fundamentales de su belleza: en ninguna de sus espaciosas plazas se ve monumento alguno. En Europa, en cambio, apenas existe plaza alguna que no haya sido profanada y vulnerada en su estructura más íntima, a lo largo del siglo XIX, con algún monumento. (Benjamin, 1988, p. 85)

Como todo arte oficial, se trata de una producción controlada por una serie de instituciones que buscaban en los personajes y espacios elegidos resaltar un sentido moralizante a través de unos criterios ideológicos y estéticos en cada una de las ciudades. La mayoría de monumentos muestran a personajes que han traspasado el umbral de la inmortalidad para transformarse en cliché de héroes, siendo íconos susceptibles de cierto culto. Su exposición pública es uno de los mecanismos de construcción de identidad al conseguir la difusión de contenidos que se apoyan en el pasado con la intención de sentar las bases de una dialéctica de la que se sintieran partícipes sus habitantes. Especialmente interesantes al tra-

tarse de lugares de encuentro ciudadano donde se materializa parte de las relaciones entre los habitantes y el poder (Borja y Muxi, 2000, p. 15). Estos procesos deben de ser estudiados como creadores de recuerdos colectivos y no simplemente como un homenaje hacia determinadas figuras, debemos de recordar que *monumentalizar* un espacio significa también rescatar *recuerdos* (Reyero, 2003, p. 41). Estas imágenes buscaban cohesión y se utilizaban con el fin de potenciar el sentimiento de pertenencia de los individuos a una entidad superior colectiva. En las sociedades occidentales el protagonismo de este tipo de íconos está reservado, aunque no de forma exclusiva, a la historia (Meyer, 1995, pp. 32-37). La generación de esa identidad se rastrea en la búsqueda de unos orígenes remotos que sirvan para justificar la propia esencia frente a otras posibles identidades. La consciencia histórica de un pasado compartido se convierte en los elementos fundamentales de vinculación entre individuos.

Todos estos procesos de generación de identidades configuran al mismo tiempo la historia de la propia ciudad, ya que quedan reflejados en la evolución de los nombres con los que se bautizaron las calles, plazas y avenidas, y de modo singular en los monumentos que se levantaron o desaparecieron en determinados lugares (García Guatas, 2009, p. 104). La imagen urbana se configura como la expresión de la totalidad de las características de la ciudad y de sus habitantes. Desde determinadas instituciones y grupos de poder se ha intentado a lo largo del tiempo reflejar en su espacio la historia, cultura, fiestas y/o costumbres con la finalidad de remarcar la identidad comunitaria, pero al mismo tiempo también podríamos hablar como contraposición de espacios del olvido o los “no lugares de la memoria” (Michonneau, 1999, pp. 101-120). Indudablemente, de todos los espacios públicos de las ciudades occidentales, han sido las plazas y los cascos antiguos los lugares idóneos para conmemorar sucesos y personajes históricos para realzarlos con su correspondiente monumento (García Guatas, 2009, p. 104).

Dentro de las ciudades se actuó prioritariamente en aquellos espacios que contenían cierto simbolismo para sus habitantes, gene-

ralmente espacios céntricos y en determinados ensanches de carácter burgués. A estos escenarios hay que unir aquellos espacios que fueron testigos de episodios significativos en el pasado como lugares de nacimiento o vivienda de personajes insignes, batallas y acciones bélicas, espacios religiosos relevantes o tipos de paisajes, no necesariamente reales a los que las élites intelectuales y políticas han dado una especial valoración en algún momento (Storey, 2001). La ubicación de estas imágenes en los grandes espacios de la ciudad como plazas, avenidas o parques urbanos es producto de una decisión concreta que no siempre tiene en cuenta el impacto sobre la sociedad y puede ser elemento de choque entre diversas identidades. Lo mismo puede ocurrir cuando se produce un exceso en la producción de estos espacios que puede llevar también consigo la banalización de su significado.

### 3. El desarrollo del monumento urbano en España a partir de la década de 1950

Las ciudades españolas a partir de la década de 1950 se convirtieron en uno de los espacios donde más se aplicaron este tipo de acciones con la clara intención de desarrollar fenómenos identitarios. El espacio público de las capitales de provincia fue lugar idóneo para desarrollar este tipo de políticas al convertirse en una de las sedes del poder (García Álvarez, 2009, p. 189). Las provincias fueron vistas por parte de la administración central como parte de un sistema sobre el que se podía afianzar el discurso de la nueva nación (Núñez, 2014, p. 127). Las diputaciones provinciales, surgidas en el siglo XIX, fueron utilizadas en los inicios del franquismo como instrumento que reforzó el poder centralizado y como instituciones de control y gestión de los servicios públicos (Muñoz, 2013, p. 60). Estas instituciones, junto al Gobierno Civil, fueron los organismos de poder en el ámbito provincial, aunque las primeras estarán sometidas en todo momento al control de las segundas, el delegado del gobierno era el presidente nato de la diputación hasta el año 1949 (Ortiz, 1999, pp. 247-296). La legislación vigente (Ley de Bases de Régimen Local de 17 de julio de 1945) estableció que una par-

te importante de las actividades culturales quedaran bajo el amparo de estas instituciones, atribuyendo a la competencia provincial, entre otros, los servicios de difusión de la cultura, conservación de monumentos, desarrollo del turismo y organización de concursos y exposiciones (Muñoz, 2013, p. 83). La provincia, al igual que otras facetas de la vida política del primer franquismo, fue particularmente singular debido a la fuerte carga simbólica en la que se vieron envueltas. Las diputaciones dieron pie a realzar el recurso de las distintas identidades que en su unión y riqueza configuraban el Estado español. El concepto de nación se vinculó con la tradición. Para dar cabida a cada una de las identidades provinciales se articuló el discurso de que España era diversa en sus costumbres, artes, lenguas, acontecimientos históricos y caracteres colectivos, y el territorio nacional fue entendido como un crisol de diversos pueblos (Núñez, 2014, p. 132).

En este contexto político tuvo una especial importancia la estatuaría pública. A partir de 1936, desde que Francisco Franco se hizo con el control en el bando nacional, hasta mediados de la década de 1950, se crearon un gran número de monumentos públicos sobre el Generalísimo que pretendían crear un imaginario visual dirigido a legitimar su poder y perpetuar la memoria de su victoria (Andrés, 2004, pp. 161-186). Tuvo una gran presencia a lo largo de la geografía nacional el culto a los caídos, a través de la colocación de una serie de placas en los muros de iglesias donde aparecían los nombres de los muertos del bando vencedor, siguiendo las directrices marcadas por orden oficial de la Junta Política de Falange. Este tipo de lápidas se extendieron por doquier a lo largo de la geografía nacional (Erice, 2009, p. 130). En este proceso algunos espacios urbanos y monumentos alcanzaron el estatus de auténticos mitos dentro de la iconografía del nuevo poder como fue el caso del Alcázar de Toledo (Biosca, 2000) o el Valle de los Caídos (Olmeda, 2009). Con cada inauguración de estos nuevos espacios las élites franquistas monopolizaron lugares públicos en un ejercicio a medio camino entre el homenaje y la reafirmación de su posición frente al resto de la sociedad.

Una vez pasado el intenso fenómeno *monumentalizador* de la inmediata posguerra, donde la gran mayoría de las ciudades albergaron algún monumento destinados a los héroes y mártires del bando vencedor, así como a la erradicación de todo aquello que pudiera recordar a la II República, se iniciaron nuevos discursos en torno a diversos personajes seleccionados de la historia nacional, desde Viriato al del Dos de Mayo, pasando por los líderes comuneros. Este proceso recuperó parcialmente narrativas que durante el siglo XIX buscaron embellecer las principales ciudades españolas como Madrid, en un proceso de “verdadera fiebre por erigir monumentos, en una ciudad que se concibe como cabeza o modelo del nuevo Estado moderno” (Reyero, 2003, p. 41).

La búsqueda del proceso de gestación de la nación española fue entendida como una fase lenta y heterogénea, que se fue fraguando durante siglos a lo largo de la Edad Media y tendría su momento culmen en torno al siglo XV, donde la monarquía hispánica tiende a considerarse a sí misma como la representante de España (Pérez Viejo, 2002, p. 168). Se trata de un transcurso de límites difusos, donde encontramos elementos de identificación nacional a lo largo de la Reconquista, entendida como la restauración de un dominio legítimo que supone al mismo tiempo considerarse como heredero directo de la cultura visigoda. Se trata de crear íconos a lo largo de la historia con una marcada intención ideológica donde el relato es muy selectivo, ocultando y resaltando aquellos elementos que más interesan en cada uno de los momentos. Las diversas administraciones y órganos de poder (tanto económicos como culturales) legitiman determinadas epopeyas y periodos históricos que se interpretaron buscando la floración de sentimientos sobre determinados momentos. El éxito o fracaso de estas narrativas del pasado resultó indisoluble de la presentación que se hizo de ellos a través de distintos medios y de la percepción que sus habitantes tuvieron.

Por lo general, en las décadas de 1950 y 1960 se emprendieron la mayor parte de los conjuntos monumentales llevados a cabo por distintas administraciones como ayuntamientos, diputaciones y otros organismos (tanto

públicos como privados) que tuvieron como protagonistas acontecimientos y personajes que ejemplificaban valores de carácter nacional, destacando sobre otros la defensa de la religión, la cultura y la patria. La explicación de este cambio en la política de monumentos en nuestro país radica en el giro ideológico dado por el régimen de Franco que, debido al aislamiento internacional y de la derrota de las potencias del eje en la Segunda Guerra Mundial, dejó atrás sus vínculos con potencias fascistas para identificarse con el nacionalcatolicismo. Este nuevo estatus trajo consigo una mirada al pasado que enlazaba con la Generación del 98 y su búsqueda de la esencia nacional (Cabrera García, 1998, pp. 20-29). Fue así como la Historia de España pasaría a nutrir buena parte de espacios públicos. Los motivos no se limitaban, podían pertenecer a cualquier época y zona geográfica del país, siempre y cuando destacaran por estar al servicio de la Patria y de la religión, es decir, de los pilares del Estado (Grau, 2013, p. 8).

En la difusión de nuevos valores jugaron un papel clave toda una serie de instituciones culturales provinciales que buscaron promover el conocimiento cultural de cada una de sus ciudades y sus entornos provinciales, donde colaboraban o se encontraban adscritos buena parte de los historiadores de la época (Díaz del Campo, 2016, pp. 193-217). En buena parte de sus actividades y/o publicaciones vemos un uso generalizado a través de la literatura, el arte o la historia de determinados personajes originarios de cada zona que se muestran como elementos de identidad de la misma. Se trata de un proceso de enorgullecimiento provincial, hasta cierto punto inmerso al que tuvo lugar en el siglo XIX; ya que vuelven a la provincia porque han sido ya reconocidos en un ámbito superior, y en su tierra se enorgullecen de que el *héroe nacional* es uno de los suyos (Reyero, 2016, pp. 263-264). En este sentido debe entenderse parte de las operaciones realizadas por estos organismos como la colocación de una serie de lápidas para recordar la importancia de los espacios vinculados a la historia de estos personajes del pasado o el pasado de la propia ciudad. Dentro de estas acciones fue muy singular el fenómeno que se dio en la zona de Aragón a través de la Institución

Fernando El Católico. Una de las actividades en los que más fructíferas fueron este tipo de organismos culturales fue en la organización de aniversarios y conmemoraciones, creando una serie de actos conmemorativos que tenían un patrón muy parecido en cuanto a su desarrollo, y que potenció el valor simbólico de toda una serie de lugares. Los integrantes de estas instituciones se trasladaban, junto a autoridades civiles, al lugar elegido donde se realizaba normalmente una misa solemne para después realizar un acto con varios discursos y la colocación de una placa o lápida para reforzar la trascendente significación del lugar para la historia común. La Institución Fernando el Católico instauró una conmemoración anual el día 10 de marzo desde 1946 donde se celebraba el nacimiento del monarca aragonés trasladándose a distintas ubicaciones vinculadas con el rey. Al mismo tiempo se promocionaron la recuperación de lugares vinculados con Fernando el Católico como la Aljafería de Zaragoza, el Palacio de Sada en Sos del Rey Católico, y extendió el nombre del rey en los callejeros, colegios e institutos de las localidades de la provincia (Alares, 2009, pp. 288-289). En el caso del Instituto de Estudios Asturianos se celebró de una forma muy parecida la conmemoración de la erección de los monumentos ramirenses de Santa María de Naranco, San Miguel de Lillo y Santa Cristina de Lena, al entender que fue una de las aportaciones más singulares por parte de su provincia al patrimonio del país. En ocasiones estas conmemoraciones iban asociadas a ciclos culturales, publicaciones y conferencias que se organizaban con la inauguración de estos monumentos en las ciudades, como es el caso del Instituto Fernán González de Burgos que colaboró activamente en erigir una estatua dedicada a la memoria del Cid Campeador en la capital, y al mismo tiempo cooperó con la iniciativa del Duque de Alba, Director de la Real Academia de la Historia, para organizar una excavación y elevar el obelisco en homenaje a Babieca en el Monasterio de San Pedro de Cardeña, ya que creían que era el lugar donde se halla enterrado el caballo del Cid. Todas estas acciones servían para mantener vivo en el imaginario colectivo la retórica de la construcción de la memoria colectiva, que se apoyaban en una serie de prácticas reme-

morativas diversas, como homenajes, festividades, publicaciones, actos culturales, etc. (Erice, 2009, p. 115).

Este fenómeno coincide con el desarrollo de un buen número de Planes de Ordenación Urbana que habían sido redactados en años anteriores en diversas ciudades, muchas de ellas obligadas casi por las necesidades de la posguerra. Aunque muchos de los planteamientos quedaron guardados en cajones por la situación económica, otros proponían una serie de reformas para dotar a las ciudades de una imagen renovada. Entre estas actuaciones eran frecuentes las planificaciones de grandes avenidas o remodelaciones de espacios en los centros urbanos que destacaban por su especial valor emblemático, algunos con una consideración especial por estar vinculados a los acontecimientos desarrollados durante la propia Guerra Civil. En otros, existen diversos proyectos para instalar esculturas conmemorativas dentro de los programas de renovación urbana. Las calles de las ciudades, como lugares públicos que son, fueron los espacios de plasmación plástica de dichas políticas, ya que constituyen auténticos canales o foros para la emisión de mensajes. Los poderes establecidos las utilizaron para controlar, modificar o difundir determinados valores y recuerdos en ellas. Aunque la mayoría de las representaciones tengan en las urbes provincianas sus principales espacios de desarrollo, existen otros lugares o paisajes en el ámbito rural que se convirtieron en espacios emblemáticos considerados como “paisajes que en el imaginario colectivo representan e identifican los valores nacionales” (Nogué, 2005, p. 151). Quizás el ejemplo más significativo sea Covadonga, donde se levantó un monumento a Don Pelayo en 1946. (Figura 1)

#### 4. La representación de los héroes nacionales en las capitales españolas

El monumento, entendido como fragmento del pasado que se presenta como válido para el presente, se convierte en la forma de remitir valores a los modelos consagrados por la historia, al mismo tiempo que fueron un claro ejemplo de publicidad corporativa (Reyero, 2003, p. 42). Con el tiempo algunos se han convertido en imágenes instituciones de las ciudades donde se asientan, de las que



Figura 1. Monumento de Don Pelayo. Covadonga. Eduardo Zaragoza. 1946. Foto R. V. Díaz del Campo

asumen un papel de símbolo y representación (García Morente, 1957, p. 295). En este imaginario encontramos un importante número de héroes extraídos de la historia del país y de pasajes literarios, que alimentaron la pintura e ilustración gráfica del siglo XIX y que acabaron popularizándose como imagen de diversas zonas del país a principios del siglo XX, como se despliega en la ornamentación cerámica de la Plaza de España de Sevilla, diseñada por Aníbal González para la Exposición Iberoamericana de 1929 (Palomo, González Serrano y Pleguezuelo, 2014).

Allí encontramos asociaciones entre personajes y provincias como ocurre con Alfonso X (Álava, Murcia), Alfonso IX para Badajoz, Cristóbal Colón (Canarias, Huelva, Barcelona), Fernando III (Córdoba), Carlos I (La Coruña), Alfonso VIII (Cuenca, Guipúzcoa), Felipe II (Guadalajara), Alfonso VII (León), Dña. Berenguela (Logroño), Alfonso I (Lugo), Alfonso X (Murcia), Pelayo (Asturias), Jaime I (Tarragona, Teruel, Valencia) y Alfonso VI (Toledo), entre otros. Especialmente significativa es la presencia de los Reyes Católicos que aparecen en varias provincias (Cáceres, Barcelona, Almería, Granada, Salamanca, Segovia, Valladolid, Zamora).

En algunas ocasiones se recurre a personajes de ficción como Don Quijote (Ciudad Real), pero quizás el ejemplo más significativo de estos casos literarios sea el Cid Campeador. Su figura se fue definiendo durante un largo periodo de tiempo en el que se obviaron los pasajes más escabrosos de su vida que no tenían encaje con la imagen del caballero cristiano tan del gusto de la época (Ordax, 2009, pp. 248-249). Diversas ciudades levantaron monumentos dedicados a él, como ocurrió en Valencia en 1964 bajo el mecenazgo de la The Hispanic Society of América. El ejemplo más sobresaliente dentro de la narrativa heroica del personaje literario la encontramos en Burgos. Su vinculación con la urbe burgalesa viene justificada por los estrechos contactos con la ciudad a lo largo de su vida, aunque la mayoría responden a recreaciones posteriores a su muerte que a realidades contrastadas. En el siglo XIX surgieron diversas propuestas que pretendían construir un monumento al héroe con el que colectivamente se

identificaba la ciudad. Fue con motivo de la conmemoración del Milenario de Castilla en 1943 cuando se reactivó un sentimiento colectivo favorable para la realización de un monumento. En 1947 el alcalde de la ciudad dispuso 500.000 pesetas sobrantes del presupuesto de las celebraciones del Milenario que se destinaron al monumento. La imagen fue realizada por el escultor Juan Cristóbal, pero la estatua no llegó a Burgos hasta finales de octubre de 1952, colocándose frente al Teatro Principal, en una zona estratégica que servía de unión entre la ciudad antigua y moderna. El proyecto tuvo una trascendencia mayor al de una simple escultura, ya que se realizó una notable intervención urbana que consistió en la remodelación de la plaza y del puente de San Pablo a través de un concurso de ideas convocado en 1950, en el que se adjudicó el primer premio al arquitecto madrileño Fernando Chueca Goitia. Se ideó un marco urbanístico de exaltación del personaje donde el puente se convirtió en un elemento fundamental y con un claro



Figura 2. Monumento al Cid Campeador. Burgos. Juan Cristóbal González Quesada. 1955.

Foto R. V. Díaz del Campo



matiz escenográfico donde en sus laterales aparecían esculturas de personajes vinculados con el Cid (Payo, 2006). La inauguración, en julio de 1955, revistió carácter solemne al conjunto con la presencia de Francisco Franco presidiendo los fastos. (Figura 2)

Episodios como el descubrimiento y conquista de América, la unidad de los reinos hispanos y la defensa del catolicismo se convirtieron en verdaderos íconos del franquismo durante esta etapa. Los héroes relacionados con estos episodios, especialmente los medievales, se plasmaron en una gran variedad de representaciones que incluían personajes como Don Pelayo, Santiago Matamoros o Fernando El Católico, entre otros. Los Reyes Católicos fueron el principal símbolo del discurso nacional-catolicista al ser considerados como los promotores del origen de la Hispanidad durante su reinado (Sueiro Seoane, 2007, pp. 48-49). Los monarcas del pasado que habían formado parte de este largo proceso de gestión de la nación española adquirieron un gran protagonismo como puede verse en la larga nómina de monumentos destinados a estos, como el erigido a Alfonso II en Oviedo (1942), Carlos V en Granada (1947), Felipe II en Valladolid (1964), Monumento a Alfonso X en Ciudad Real (1967) o los Reyes Católicos en Valladolid (1969). Lo mismo ocurrió con algunas de las conmemoraciones celebradas durante el franquismo como el milenario de Castilla (1943), el centenario del nacimiento de Cervantes (1947) o el centenario del nacimiento de los Reyes Católicos (1951). (Figura 3)

Algunas imágenes dedicadas a recuperar el pasado no encontraron acomodo dentro de esta visión católica, por lo que algunas ciudades empezaron a reivindicar su pasado islámico. En este sentido, durante la década de 1960, en la ciudad de Córdoba se levantaron numerosos monumentos que rendían homenajes a sus hijos ilustres, destacando un grupo que exaltaba a personajes del pasado islámico. Se buscaba representar en la ciudad de forma clara el esplendor vivido en la época califal. En 1963 al conmemorarse el centenario del poeta y filósofo Ibn Hazm, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la ciudad organizan un homenaje en Córdoba, en el que se inauguró una estatua de



Figura 3. Monumento a Alfonso X. Ciudad Real.  
Joaquín García Donaire. 1967. Foto R. V. Díaz del Campo

bronce realizada por Amadeo Ruiz Olmos. Se continuó con las inauguraciones de una serie de monumentos dedicados a homenajear a personajes importantes de la Córdoba árabe como el filósofo judío Maimónides (1964), el oftalmólogo al-Ġafiqī (1965) y Averroes (1967). Una buena parte de las imágenes cordobesas se ubicaron en el caso antiguo, lo que sirvió de paso para la rehabilitación de algunos entornos degradados. Dentro de estos espacios tuvieron un especial impacto varias esculturas ubicadas en las recién rehabilitadas murallas. El Plan General de Ordenación Urbana de Córdoba de 1958 prestó un gran interés por las veredas y murallas, estas últimas son restituidas en los tramos en las que estaba derruida o en mal estado y se utilizaron para enaltecer la dialéctica de la grandeza califal con la colocación de estos monumentos (Montes Ruiz, 1986). En este sentido la recuperación de las murallas de la capital andaluza y la instalación en su entorno de diversas imágenes de personajes históricos es un ejemplo más de cómo la recuperación del pasado sirve como elemento de cohesión, de rememoración de ese pasado como imagen del presente. (Figura 4)



Figura 4. Monumento a Ibz Hazm. Córdoba. Amadeo Ruiz Olmos. 1963. Foto R. V. Díaz del Campo

Una tercera línea en este tipo de representaciones fueron las dedicadas a intelectuales, artistas, pensadores o escritores. Varias capitales provinciales apostaron por recordar a sus principales creadores dentro de la cultura española, como ocurrió con el Monumento a Fray Benito Feijoo en Oviedo (1953), la escultura de San Pedro de Alcantara (1954) en Cáceres, Alonso Berruguete en Palencia (1963), San Juan de la Cruz en Ávila (1961), Ramón Llull en Palma de Mallorca (1966) o la imagen de Miguel de Unamuno en Salamanca (1968). Uno de los íconos más populares dentro de esta tipología fue el monumento a Goya en la ciudad de Zaragoza. Para su ejecución se convocó un concurso en 1959 para dotar de un monumento sobre el pintor a la plaza de las Catedrales en el centro histórico de la ciudad (Ara, 2006, pp. 35-58). El Banco Zaragozano declaró desierto el concurso y posteriormente encargó a Federico Marés una imagen que donó a la ciudad, situándola frente a la Lonja, convirtiéndose en punto de referencia del espacio de la plaza (García Gua-

tas, 2009, p.126). El monumento se configuró con una gran figura del pintor en bronce situada sobre un pedestal y en actitud de pintar a un grupo de cuatro majos y majas que, agrupados de dos en dos se colocaron en una zona sobre elevada que servía de soporte al monumento (Yeste Navarro, 2013, p. 41). (Figura 5)

## 5. Epílogo

Como hemos podido ver a lo largo del texto, durante las décadas de 1950 y 1960 se produjo un intenso fenómeno *monumentalizador* en la gran mayoría de las capitales territoriales españolas. Aparecieron un gran número de imágenes que pretendían dar culto a determinados personajes del pasado de las ciudades (reales o ficticios). No se trató de un fenómeno nuevo, ya que en la inmediata posguerra se habían creado elementos urbanos destinados a conmemorar al nuevo jefe de estado o a distintos héroes y mártires del bando vencedor. En el ecuador del siglo XX, el gobierno español intentó insertarse en el

nuevo orden internacional y, al mismo tiempo, mantener sus características propias que daban legitimidad al gobierno. Buena parte de los cambios que se produjeron en el país vinieron de la mano de las nuevas alianzas internacionales con las que el régimen logró mantenerse en un complejo panorama internacional, convirtiéndose Estados Unidos en uno de los principales aliados del país.

En este nuevo contexto, desde algunas instituciones, se apostó por la búsqueda de una imagen moderna e integradora que dejara atrás la imagen del Estado franquista durante la posguerra. Con los cambios políticos producidos en la década de 1950 se iniciaron nuevas narrativas en torno a distintos episodios de la historia nacional, recuperando a personajes que ya habían estado presentes en algunas narrativas aparecidas en el siglo XIX, entonces con la intención de enaltecer los valores del nuevo Estado moderno. En la década de 1950 diversas administraciones utilizaron estos espacios urbanos para legitimar determinados episodios históricos buscando que en la población aflorasen sentimientos de pertenencia a una identidad común. Estas imágenes han sufrido diversas vicisitudes y circunstancias, algunas se han convertido en verdaderos símbolos de sus ciudades mientras que otras se encuentran prácticamente olvidadas y relegadas a lugares secundarios. ■



Figura 5. Monumento a Francisco de Goya.  
Federico Marés y José Beltrán Navarro. 1960. Zaragoza.  
Foto R. V. Díaz del Campo

## Referencias bibliográficas

- Aguilar, P. (1996). *Aproximaciones teóricas y analíticas al concepto de memoria histórica*. Madrid, España: Instituto Universitario José Ortega y Gasset.
- Alares López, G. (2009). Fernando el Católico en el imaginario del Aragón franquista. En *Universo de micromundos. IV Congreso de Historia Local de Aragón*, coords. Carmelo Romero y Alberto Sabio: 283-296. Zaragoza: Institución Fernando el Católico y Prentas Universitarias de Zaragoza.
- Andrés, J. de (2004). Las estatuas de Franco, la memoria del franquismo y la transición política española. *Historia y Política* 12: 161-186.
- Ara Fernández, A. (2006). Por fin, un monumento a Goya en Zaragoza (1948-1960). *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar* 97: 35-58.
- Benjamin, W. (1988). *Diario de Moscú*. Madrid, España: Taurus.
- Borja, J.; Muxi, Z. (2000). *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Barcelona, España: Electa.
- Bohigas, O. (2014). *Refer la memòria. Dietaris complets*. Barcelona, España: RBA La Magrana.
- Cabrera García, M. I. (1998). *Tradición y vanguardia en el pensamiento artístico español: 1939-1959*. Granada, España: Universidad de Granada.
- Díaz del Campo, R. V. 2016. Investigación y provincia en los primeros años del franquismo. En *La provincia: realidad histórica e imaginario cultural*. coords., José Antonio Castellanos y Jesús Barrajon: 193-217. Madrid, España: Sílex.
- Erice, F. (2009). *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*. Oviedo, España: Eikasía.
- Favole, P. (1995). *La plaza en la arquitectura contemporánea*. Barcelona, España: Gustavo Gili.

- García Álvarez, J. (2009). Lugares, paisajes y políticas de memoria: una lectura geográfica. *Boletín de la A.G.E.* 51: 175-2002.
- García Guatas, M. (2009). Zaragoza monumental: un siglo de escultura en la calle. En *Actas del XIII Coloquio de Arte Aragonés: La ciudad de Zaragoza 1908-2008*, Institución Fernando el Católico. 103-138. Zaragoza, España: Institución Fernando el Católico.
- García Morente, M. (1957). *Ideas para una filosofía de la Historia de España*. Madrid, España: Rialp.
- Grau Tello, M. L. (2013). Las pinturas murales del Aeropuerto de Zaragoza. Símbolo del gran viaje u origen de la Hispanidad y los elementos sometidos. *On Waterfronts, Public Space, Urban Design and Public Art* 26: 5-18.
- Martín González, J. J. (1996). *El monumento conmemorativo en España, 1875-1975*. Valladolid, España: Universidad de Valladolid.
- Meyer, J. (1995). La historia como identidad nacional. *Vuelta* 219: 32-37.
- Michonneau, S. (1999). Políticas de memoria en Barcelona al final del siglo XIX. *Ayer* 35: 101-120.
- Montes Ruiz, R. (1986). La escultura en Córdoba desde el Neoclasicismo a la actualidad. En *Córdoba y su provincia*. Sevilla, España: Gerver: 377-390.
- Muñoz, M. D. (2013). Recopilación legislativa sobre las diputaciones provinciales. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 207: 59-93.
- Nogue, J. (2005). Nacionalismo, territorio y paisaje en Cataluña. En *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. ed., Nicolás Ortega Cantero: 146-169. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Fundación Duques de Soria.
- Nora, P., dir. (1984-1992). *Les Lieux de mémoire*. Paris, France: Bibliothèque illustrée des histoires, 3 vol.
- Núñez, X. M. (2014). La Región y lo local en el primer franquismo. En *Imaginarios y representaciones de España durante el franquismo*, eds. Stéphane Michonneau y Xosé M. Núñez. 127-154. Madrid, España: Casa Velázquez.
- Olmeda, F. (2009). *El Valle de los Caídos. Una memoria de España*. Barcelona, España: Península.
- Ordax, S. A. (2009). Imagen y memoria del Cid Campeador. *BSAA* 75: 247-260.
- Ortiz Heras, M. (1999). Dictadura franquista y diputación (1939-1975). En *Historia de la Diputación Provincial de Ciudad Real 1835-1999*, coord., Isidro Sánchez Sánchez: 247-296. Ciudad Real, España: Diputación Provincial.
- Palomo García, M. C.; González Serrano, A. y Pleguezuelo Hernández, A. (2014). *La cerámica en la plaza de España de Sevilla*. Sevilla, España: Emasesa.
- Payo Herranz, R. J. (2006). La imagen del héroe medieval castellano. El Cid: entre la historia, la leyenda y el mito. *Cuadernos del CEMYR* 14: 111-146.
- Pérez Vejo, T. (2002). *Pintura de Historia e identidad nacional. Tesis doctoral*. Madrid, España: Universidad Complutense.
- Reyero, C. (1996). *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*. Madrid, España: Cátedra.
- (2003). Monumentalizar la capital: la escultura conmemorativa en Madrid durante el siglo XIX. En *Historia y política a través de la escultura pública 1820-1920*, coords. María del Carmen Lacarra y Cristina Giménez Navarro. 41-62. Zaragoza, España: Institución Fernando el Católico.
- (2016). No hay todo sin partes. El reconocimiento visual de la provincia en el siglo XIX. En *La provincia: realidad histórica e imaginario cultural*. coords., José Antonio Castellanos y Jesús Barrajón: 263-264. Madrid, España: Sílex
- Roediger, H. L. y Wertsch, J. (1998). Creating a new discipline of memory studies. *Memory Studies* 1: 9-22.
- Sánchez Biosca, V. (2000). Imágenes, relatos y mitos de un lugar de memoria: El Alcázar de Toledo. *Archivos de la Filmoteca* 35: 47-59.
- Storey, D. (2001). *Territory: the claiming of space*. Harlow: Pearson Education.
- Sueiro Seoane, S. (2007). *Posguerra: Publicidad y propaganda 1939-1959*. Madrid, España: Círculo de Bellas Artes, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- Yeste Navarro, I. (2013). Un escaparate ciudadano del franquismo: Arte público y planificación urbana en la plaza del Pilar de Zaragoza. *On Waterfronts, Public Space, Urban Design and Public* 26: 20-46.